

Entrevista con Antonio Alatorre

Una infancia en Autlán

Jean Meyer

En días recientes falleció Antonio Alatorre, uno de los más ilustres y apasionados filólogos mexicanos, a quien numerosas generaciones escucharon disertar, con erudición y gracia contagiosa, sobre la poesía de lengua española. Aquí recuperamos fragmentos de una extensa entrevista —publicada originalmente por el Centre d'Études Mexicaines et Centraméricaines (CEMCA) en México en 1993— en que Alatorre comparte con Jean Meyer sus recuerdos de infancia.

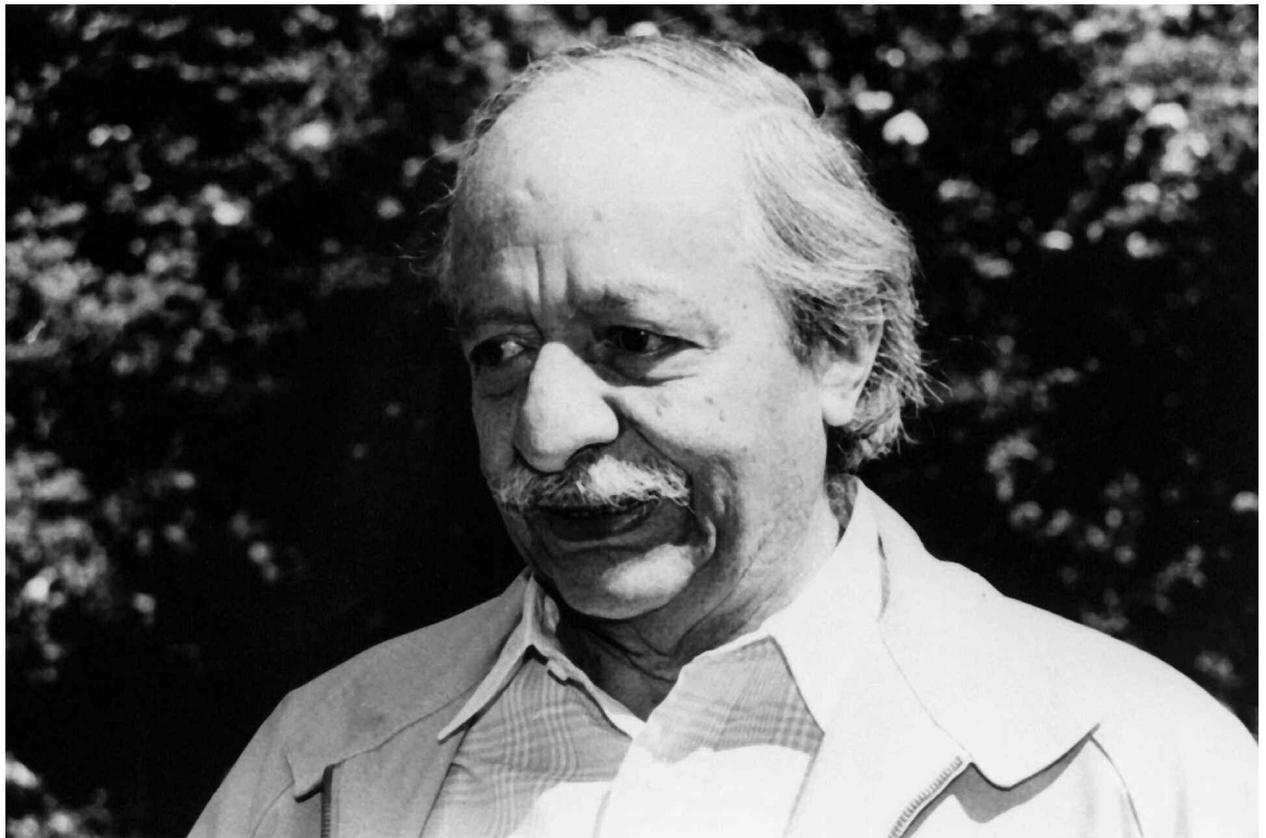
Admiré tu valor cuando me dijiste que te daba igual escribir unas páginas a que yo te entrevistara. Eso realmente me sorprendió, de manera que “en tus manos encomiendo mi espíritu”, literalmente.

Bueno, lo que pasa es que yo soy muy dado a la autobiografía. Una vez escribí un artículo sobre folclore infantil que no era más que eso, autobiografía pura: los juegos de mi infancia, en mi pueblo. Hasta en artículos eruditos hablo de mí, y no digamos en mis clases, y sobre todo con amigos. Tú me dijiste el otro día, si entendí bien, que querías saber por qué caminos vine a estar donde estoy hoy, cómo es que llegué a ser lo que soy, o algo por el estilo. Ante una pregunta así, inmediatamente me pongo a hablar de mi infancia, porque allí estoy: la traigo conmigo.

LA ESCUELA

Hace un par de meses sonó el teléfono, y descolgué y dije “¿Bueno?”, y me contestó una voz: “Soy fulano Ze-

dillo...” (¿cómo se llama el secretario de Educación?). (Por cierto, me llamó la atención eso. Generalmente, y aun tratándose de gente mucho menos importante, lo que oigo en esos casos es la voz de una secretaria: “Un momentito, le va a hablar el señor tal, o la doctora tal”, y a veces el momentito se estira y se estira). Me dice, pues: “Soy... Zedillo, secretario de Educación; perdóneme este ataque personal, pero estamos aquí metidos en los programas educativos, y hay voces que dicen que las clases de español en la escuela primaria son un desastre. Me gustaría saber qué opina usted. ¿Por qué no escribe unas paginitas y me las manda?”. Yo le contesté que lo haría con mucho gusto. Y lo que hay en esas paginitas es una evocación de los años que viví en la escuela de mi pueblo. Lo que digo, en resumidas cuentas, es esto: “Yo me eduqué en una escuelita muy modesta, y salí de ella, a los once o doce años, con un bagaje bueno: ideas sobre gramática, sobre sintaxis, buena ortografía, etcétera”. Como diciendo: “Sigan en la Secretaría de Educación ese modelo, y ya está”. Traigo conmigo esa escuela de Autlán porque traigo conmigo mi infan-



Antonio Alatorre

cia, como te dije. En esa escuela tuve compañeros de huaraches, o incluso descalzos, sin más ropa que camisa y calzón blanco (pero chamagoso). Me emociona el recuerdo de esa convivencia humana. Era la escuela de todos. Yo la gocé muchísimo. Siempre ando diciendo que lo que sé de muchas cosas, por ejemplo, de lo que ocurre entre pulmones y corazón, la oxigenación, la expulsión del carbono, la sangre venosa y la sangre arterial y todo eso, lo tengo en la cabeza porque la maestra de quinto año nos lo explicó. Después, sí, he leído cosas, pero lo esencial lo sé desde aquel entonces. [...] El caso es que cuando pasé de Autlán a la escuela apostólica de los Misioneros del Espíritu Santo (en Tlalpan), yo sabía muchas cosas que mis compañeros no sabían, de manera que era un estorbo para ellos. Recuerdo concretamente que ninguno tenía nociones de álgebra, mientras que yo me había metido creo que hasta en trigonometría. Y digo que “creo” porque las matemáticas son lo único que he olvidado. Recuerdo muy bien cómo es el ornitorrinco, pero no recuerdo qué es una ecuación de primer grado. Bueno, el padre superior me pasó a segundo año; y como los de segundo ya habían llevado latín y francés durante un año, mi tarea principal fue ponerme al corriente en esas dos materias.

¿Era pública o particular esa escuela de Autlán?

Pública: la Escuela Primaria Superior para Niños. No había en Autlán ninguna escuela particular. La directora era una mujer extraordinaria: sólida, inteligente, enérgica, respetada por todos y también querida, por-

que era encantadora. Además, vivía enfrente de mi casa. Eso es importante. Vivía enfrente de mi casa... (Por favor, si ves que me desvío mucho de lo que tú quieres, nomás interrúmpeme. Yo voy diciendo lo que buena-mente me viene a la cabeza). Se llamaba María Mares. Mariquita. Era la directora, y era también la maestra de sexto año. Mariquita nos habló de la *Iliada* y la *Odisea* y nos habló también de la guerra del 14. Nos habló de todo: de la locomotora, de las vacunas, de la electricidad... (Había en el salón un arcaico laboratorio de física: recuerdo sobre todo el disco de Faraday, que estaba descompuesto, pero que todavía servía para saber cómo se producía la electricidad).

Además, llevábamos el registro del tiempo, quiero decir que el salón de sexto año era el observatorio meteorológico de Autlán. Día por día se anotaba la temperatura, el estado del cielo, la dirección del viento...; y era bonito cuando había un fenómeno fuera de serie, como rayos, o niebla, o un arco iris. Estábamos jugando, pero la cosa iba en serio. Todo eso era bonito. La escuela fue para mí un gran regocijo. Pero lo del regocijo vendrá después. [...]

¿Aprendiste a leer antes de la escuela?

No, pero comencé a los cuatro años.

¿O sea que entraste muy temprano?

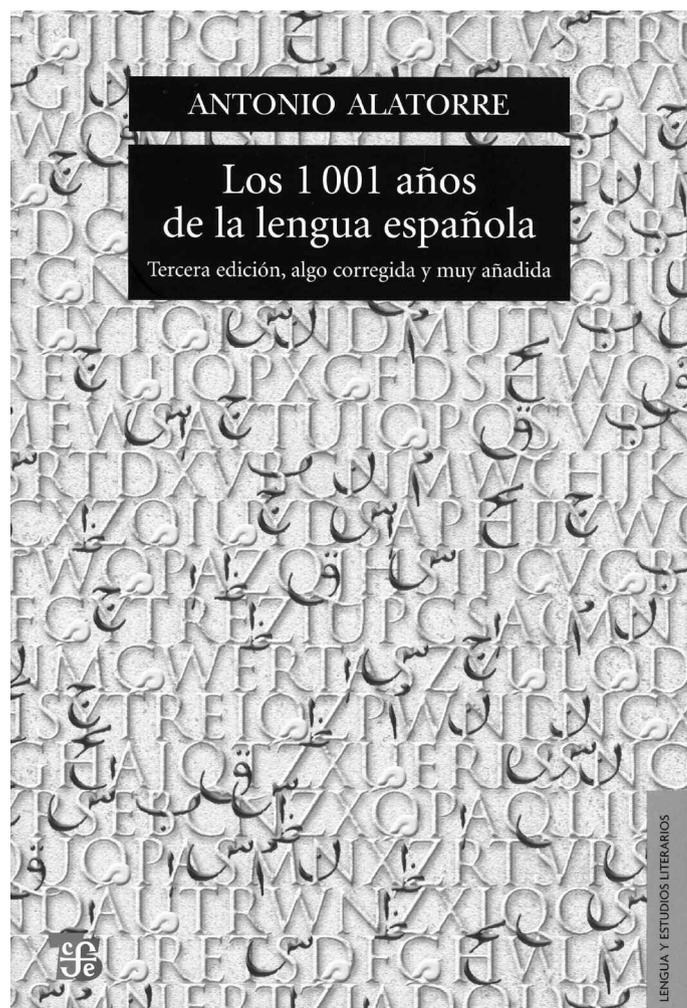
Sí, porque mi hermano Carlos... (Carlos es un personaje muy importante en mi vida), siendo dos años mayor, era el que estaba más cerca de mí, de manera que

fue, por una parte, mi peor verdugo, pero también, por otra parte, un buen defensor cuando hacía falta. Una vez, jugando con papalotes a la orilla del pueblo, yo insulté a un muchachito de mi edad; le dije “piojoso”, y él se me dejó venir, pero se interpuso Carlos y hubo un buen agarrón. El muchachito traía en el ceñidor una armónica y con esa armónica le llenó de chichones la cabeza a Carlos. Con decirte que la armónica misma acabó despedazada. [...] Carlos sentía una como responsabilidad por mí. En fin, el hecho es que Carlos tenía ya seis años y no quería ir a la escuela, una escuela de párvulos, negocio de dos solteronas viejitas muy pintorescas. Al final puso como condición que yo fuera con él, y yo estuve muy de acuerdo. Es un poco la historia de sor Juana, que aprendió a leer como por juego, acompañando a su hermana mayor. El caso es que Carlos y yo hicimos toda la primaria juntos, excepto que... Bueno, ni modo: tendré que contarte el episodio de la bicicleta, porque también ese episodio me afectó. A ver si puedo contártelo en pocas palabras. Estábamos Carlos y yo en segundo año cuando mi papá compró una bicicleta “para los cuatro”, pero que en realidad sólo le servía bien a bien a Moisés, que tendría entonces doce años. Era la víspera del cumpleaños de mi papá, y mandaron a Moisés a comprar hojas de maíz para los tamales, y Moisés, como para que yo también gozara la bici-

cleta, me llevó con él; me acomodó en el cuadro, y ahí vamos. Pero antes de llegar adonde vendían las hojas sucedió la desgracia: chocamos con una de aquellas enormes carretas de bueyes, cargada de maíz. No se supo cómo estuvo la cosa, y además no importa: el hecho es que la bicicleta quedó hecha caca y yo salí con una herida realmente espectacular en el brazo derecho. Me quedó una cicatriz fea, toda fruncida; tal vez el doctor que me atendió era pendejo, o en Autlán no había medios para trabajos más finos. Resultado: nunca aprendí a andar en bicicleta, y nunca aprendí a manejar automóvil. Hace veintitantos años dije: “Voy a superar este trauma, voy a aprender a manejar”, y recibí lecciones durante tres semanas, pero no: no pude. Ese accidente como que vino a confirmar mi gusto por la lectura. Los libros no eran peligrosos. Además... Imagínate esta escena: es época de vacaciones y yo estoy leyendo algo muy a gusto, en el fresco del corredor, y son como las dos de la tarde, y entonces llegan mis hermanos con su sarta de lagartijas, o “cuijes”, como se llaman en Autlán. Un deporte muy de época de vacaciones era matar cuijes a resorterazos por los potreros que había alrededor del pueblo. Yo jamás pude con eso. Otro resultado del accidente fue que falté durante semanas a la escuela, y repetí segundo año, porque así lo dispusieron mis papás. Lo chistoso es que Carlos reprobó tercer año, evidentemente-

EL BRUJO DE AUTLÁN

Antonio Alatorre



te adrede, de manera que repitió tercero y así nos volvimos a emparejar.

UN PARÉNTESIS

Tú verás si esto que voy a decir es embarazoso de tan personal, y en ese caso suprímelo y ya. En cierto momento, *nel mezzo del cammin*, sentí la necesidad de un psicoanálisis. Me sentía desorientado, malequilibrado..., en fin, no entremos en detalles. El caso es que durante los dos o tres primeros años del psicoanálisis llegué a armar una visión muy negativa de mi infancia. Digamos esto: mis hermanos me aplastaron mucho; fueron muy crueles conmigo; se burlaban de mi colección de estampitas religiosas; me pusieron un apodo muy ofensivo..., y allí le corto. Y si iba a quejarme con mi mamá (me la imagino en su lugar de siempre: ante la máquina de coser), ella meneaba la cabeza y decía: “¡Válgame, Dios! Del árbol caído todos hacen leña”, lo cual no era precisamente lo más adecuado. Total, llegué a la conclusión de que mi mamá no se interesó mucho por mí (ni por ninguno de sus otros hijos). Un día le conté a Moisés estas ideas, y Moisés se quedó sorprendidísimo; peló tamaños ojos y me dijo: “Oye, Toño, ¡qué equivocado estás! Mi mamá fue una madre excelente...”, y siguió, siguió hablando, como inspirado: mi mamá se entregaba por completo al bebé en turno, lo tenía limpiquito y bien atendido, lo trataba como a un rey; claro que después de dos años venía el siguiente bebé, y el anterior pasaba a la jurisdicción de Toña (luego te hablaré de Toña). Moisés me hizo ver cosas que yo no veía porque me estorbaban las lagañas. Fue como si las lagañas se me hubieran caído. Bien que fui testigo de cómo se portó mi mamá con sus dos últimos hijos, el noveno y el décimo (o la décima, mejor dicho). Moisés, seis años mayor que yo, había sido testigo de eso durante mucho más tiempo.

Además, quejarme de mi infancia era olvidarme de Toña, y ese olvido debería avergonzarme, porque Toña fue una maravillosa segunda madre. Toña. ¿Te acuer-

das de la tía abuela lejana que tenía a su cargo la casa del cuartel? Pues Toña era hermana de ella. ¡Qué mujer! Bajita, flaquita, un manojito de tendones. Fue la nana de todos. Vivía con nosotros. Tenía su cuarto, y a veces nos prestaba una cosa extraordinaria que ella poseía: un estereoscopio, con un buen surtido de “vistas” (las más modernas, por cierto, eran fotos de la construcción del canal de Panamá). Cuando alguien se raspaba una rodilla o se descalabraba, acudía espontáneamente a Toña, no a mi mamá. Toña estaba de nuestra parte: era capaz de ocultarle la verdad a mi papá para salvarle el pellejo a alguien (porque mi papá era gran creyente en la virtud de los azotes). Cuando hablo con alguno de mis hermanos, en cuanto tocamos algo de la infancia, algo de Autlán, inmediatamente aparece Toña...

En fin, dejemos a Toña. A lo que voy es a esto: de la misma manera que de pronto vi lo evidente, o sea eso que Moisés me hacía ver, de esa misma manera todo aquello de lo mucho que sufrí en mi infancia, de lo que me hicieron llorar mis hermanos, etcétera, se esfumó, de manera que puedo declarar con la mano en el corazón que estoy completamente de acuerdo con la infancia que tuve y que no la cambiaría por ninguna otra, y que fue formidable tener muchos hermanos, etcétera. Y lo mismo vale para esos ocho años de lo que llamo mi “encierro monástico” con los Misioneros del Espíritu Santo. Se prestan mucho para el melodrama: yo no tenía vocación; sufrí mucho, ¡y esos años, los más hermosos, de los doce a los veinte! Un día descubrí que todo eso era retórica. Cada quien vive de una manera, y a mí me tocó de esa manera, una de tantas; y estuve desarrollándome, y aprendiendo, y viviendo. Estoy muy de acuerdo en ser lo que soy, en ser como soy; por lo tanto, estoy de acuerdo con lo que me trajo adonde estoy. Sé que no a toda la gente le ha servido el psicoanálisis. Para mí fue importantísimo. Me quitó esas lagañas y muchas otras. El balance que otros hagan de mi vida me tiene sin cuidado. El balance que yo hago me parece muy positivo. Estoy contento con mi vida. Perdón, me he ido muy lejos. **U**

En cuarto o quinto tuve como profesor a un jovencito asustado y tartamudo, recién salido del convento. En los recreos se recargaba en una de las columnas del patio, ponía las dos manos sobre el sexo y de seguro le hubiese gustado que se lo tragara la tierra. Años después supe su nombre, Antonio Alatorre. Sí, Antonio Alatorre el filólogo, el traductor impecable, el mago en la corrección de pruebas de imprenta, el sabio. Como profesor, en el Colegio Cervantes, no pasaba de regular. Aterrizó allí por pobreza, por desorientación, y en cuanto pudo abandonó las aulas de clase.

Emmanuel Carballo

Fragmento tomado del libro *Ya nada es igual. Memorias (1929-1953)* publicado por el Fondo de Cultura Económica, México, 2004.